

La Insensatez de la Incredulidad

La declaración y el desafío centrales de la apologética Cristiana se expresan en la pregunta retórica de Pablo, “¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?” (I Cor. 1:20.) Los ataques críticos que se dirigen contra la fe Cristiana en el mundo del pensamiento no pueden enfrentarse con respuestas poco sistemáticas ni apelando a las emociones. A la larga, el creyente debe responder a la arremetida del no creyente atacando la posición del incrédulo en sus fundamentos. Debe desafiar las presuposiciones del no creyente, preguntando incluso si es posible el conocimiento, dadas las nociones y la perspectiva del no Cristiano. El Cristiano no puede estar construyendo por siempre y de manera defensiva respuestas simplistas a la interminable variedad de críticas presentadas por la incredulidad; debe tomar la ofensiva y mostrarle al no creyente que no tiene un punto inteligible donde posarse, que no tiene una epistemología consistente, y ninguna justificación para el discurso, la predicación o la argumentación significativa. La pseudo-sabiduría del mundo debe ser reducida a insensatez – en cuyo caso ninguna de las críticas del incrédulo tiene fuerza alguna.

Si vamos a entender como contestarle al *insensato*, si vamos a ser capaces de demostrar que Dios ha enloquecido a la pseudo-sabiduría del mundo entonces debemos primero estudiar la concepción *bíblica* del insensato y su insensatez.

En la perspectiva de las Escrituras el insensato no es básicamente alguien de mente estrecha o un inculto iletrado; puede ser alguien bastante educado y sofisticado según los cálculos sociales. Sin embargo, es un necio porque ha abandonado la fuente de la verdadera sabiduría en Dios con el propósito de confiar en sus propios poderes intelectuales (supuestamente) autosuficientes. Es alguien que no puede ser enseñado (Prov. 15:5); mientras que el hombre sabio presta atención al consejo que se le brinda, “el camino del necio es derecho en su opinión” (Prov. 12:15). El necio tiene una completa auto-confianza y piensa de sí mismo como alguien intelectualmente autónomo. “El que confía en su propio corazón es necio” (Prov. 28:26). Un necio no puede pensar, en cuanto a sí mismo, que esté equivocado (Prov. 17:10). Él juzga las cosas de acuerdo a sus propios estándares pre-establecidos de verdad y justicia, y así, a la larga, resulta que sus propios pensamientos siempre terminan siendo correctos. El necio está seguro de que puede confiar en su propia autoridad racional y en su examen intelectual. “El insensato se muestra insolente y confiado” (Prov. 14:16), y por lo tanto, profiere su propia opinión (Prov. 29:11).

En realidad, este hombre autónomo es torpe, terco, grosero, obstinado y tonto. Profesa ser sabio en sí mismo, pero desde el momento que abre su boca queda claro que es (en el sentido bíblico) “un necio” – su única sabiduría más bien consistiría en guardar silencio (Prov. 17:28). “El corazón de los necios publica la necedad” (Prov. 12:23), y el necio manifestará necedad (Prov. 13:16). Se alimenta de necedades de manera irreflexiva (Prov. 15:14), luego la escupirá (Prov. 15:2), y regresará a ella como un perro vuelve a su vómito (Prov. 26:11). De modo que está tan enamorado de su necedad y tan dedicado a su preservación que “es mejor encontrarse con una osa a la cual han robado sus cachorros, que con un fatuo en su necedad” (Prov. 17:12). Aunque puede ser que finja objetividad, “no

toma placer el necio en la inteligencia, sino en que su corazón se descubra” (Prov. 18:2). Está comprometido con sus propias presuposiciones y desea salvaguardar su autonomía. De modo que no se apartará del mal (Prov. 13:19), y así, toda su charla culta no revela nada excepto sus labios perversos y mentirosos (Prov. 10:18; 19:1). Puede hablar de manera orgullosa, pero “la boca del necio es quebrantamiento para sí, y sus labios son lazos para su alma” (Prov. 18:7). No soportará el juicio de Dios (Sal. 5:5).

¿Cómo se convierte un hombre en tal necio auto-engañado y supuestamente autónomo? Un necio desprecia la sabiduría y la instrucción, *negándose a iniciar* su proceso de pensamiento con la debida *reverencia al Señor* (Prov. 1:7). Rechaza los mandamientos de Dios (Prov. 10:8) y hasta se atreve a reprochar al Todopoderoso (Sal. 74:22; Job 1:22). “El pensamiento del necio es pecado” (Prov. 24:9). El necio no será gobernado por la palabra de Dios; es anárquico, así como su pensamiento es anárquico (i.e., pecaminoso, 1 Juan 3:4). Al rechazar la ley o la palabra de Dios, el necio respeta su propia palabra y ley en su lugar (es decir, es *autó-nomo*). La Escritura describe a la gente que no conoce a Dios, Sus caminos y Sus juicios como necios (cf. Jer. 4 – 5). El necio vive en una ignorancia práctica de Dios, pues en su corazón (del cual manan los asuntos cruciales de la vida, Prov. 4:23) el necio dice que no hay Dios (Sal. 14:1; cf. Isa. 32:16). Vive y razona de una manera atea – como si él fuera su propio señor. En lugar de ser dirigida de manera espiritual, la visión del necio está atada a la tierra (Prov. 17:24). Le sirve a la criatura (e.g., a la autoridad de su propia mente) en lugar de servir al Creador (Rom. 1:25).

El hombre que escucha las palabras de Cristo y aún así edifica su vida sobre el rechazo de aquella revelación es un necio (Mat. 7:26), y el hombre que reprime la revelación general de Dios en el ámbito de lo creado también es descrito como un tonto (Rom. 1:18). Queda bastante claro, entonces, que *un necio es uno que no hace de Dios y Su revelación el punto de partida* (la presuposición) *de su pensamiento*. Los insensatos desprecian la predicación de la cruz, se rehúsan a conocer a Dios, y no pueden recibir la palabra de Dios (1 Cor. 1 – 2). El hombre auto-proclamado autónomo, el no creyente, no se someterá a la palabra de Dios ni edificará su vida y pensamiento en ella. Por lo tanto, la incredulidad y la ignorancia de la voluntad de Dios producirán insensatez (1 Cor. 15:36; Efe. 5:17).

Como resultado, el necio no posee la concentración necesaria para encontrar la sabiduría; de manera vanidosa piensa que se puede obtener o disponer de ella de manera fácil (Prov. 17:16, 24). Al gloriarse en el hombre el pensamiento del necio se hace inútil y vergonzoso (1 Cor. 3); su corazón se entenebrece, y su mente se llena de vanidad (Rom. 1:21). Debido a su incredulidad y rebelión contra la palabra de Dios, el necio *no tiene labios llenos de ciencia* (Prov. 14:7). De hecho, debido a que no escoge reverenciar al Señor, el necio *aborrece el conocimiento* (Prov. 1:29). El no creyente que critica la fe Cristiana es este tonto que hemos estado describiendo antes. Al responderle al necio el apologista Cristiano debe tener como meta demostrar que la incredulidad es, a fin de cuentas, destructiva para todo el conocimiento. Al necio se le debe mostrar que su autonomía es hostil al conocimiento – que *Dios enloquece* la “sabiduría” del mundo.

Traducido por Donald Herrera Terán, para
www.contra-mundum.org